

Un cuadro menos edificante de la actividad comercial en la Edad Media que el que nos enseña *El Espejo del Rey*, aparece en la llamada "Cuarta" Cruzada. Las ciudades-estado italianas, cuya actividad comercial continúa desde los tiempos antiguos, se ha afirmado a veces y discutido otras muchas entre los eruditos, estaban en una posición favorable para mantener un comercio marítimo floreciente. Este se intensificó después de que los mahometanos (excepto en España) fueron rechazados al Africa, y cuando las Cruzadas llevaron la guerra al litoral oriental del Mediterráneo. Sin embargo, el interés dominante del comercio no llegó a fomentar un espíritu sólido de cooperación contra el enemigo mahometano entre las ciudades-estado. Cuando así lo exigían sus intereses mercantiles, podían llegar a aliarse para luchar contra los mahometanos; en caso contrario, preferían su negocio al triunfo del idealismo de la Cruzada. En igual forma, muchos reyes y nobles feudales no podían, por otras razones, dejar a un lado sus propias rivalidades, incluso cuando emprendían una cruzada. Las cruzadas deben una parte de su interés permanente a la complejidad de los motivos humanos y las causas religiosas, políticas y económicas que las originaron. Aquí trataremos únicamente de los intereses económicos más estrechos de las ciudades-estado, y más particularmente los de la ciudad de Venecia.

Venecia, cuya antigüedad data del siglo V, se formó cuando los que huían de los invasores bárbaros se refugiaron en sus lagunas e islas, y tuvo a su favor una relación continua con Constantinopla desde el principio; de hecho, Venecia era nominalmente parte del Imperio de Oriente. Hasta las Cruzadas, Venecia fué el gran intermediario entre el este y el oeste, mientras Constantinopla era el almacén de las mercancías del oriente. Desde luego que también había otras ciudades, y, entre ellas, Pisa y Génova llegaron a tener importancia, especialmente en el Mediterráneo occidental, a partir de la expulsión de los mahometanos de Córcega y Cerdeña; Pisa cobró auge al participar en el comercio con el Imperio de Oriente. Y cuando los normandos conquistaron el sur de Italia y Sicilia, recompensaron la ayuda de estas ciudades. Pero lo más importante fué el hecho de que los mahometanos habían perdido la llave de los estrechos entre el Mediterráneo oriental y el occidental. Los designios normandos por controlar este comercio y taponar el Adriático, e inclusive por conquistar Constantinopla,

fueron frustrados por Venecia, que en esta forma preservó tanto sus intereses comerciales, como la posición del Imperio Oriental. Venecia consiguió del emperador casi un monopolio del comercio de Constantinopla con el occidente.

Cuando las Cruzadas abrieron oportunidades más amplias a las ciudades italianas en Asia Menor, Siria y Palestina, sus rivalidades aumentaron en la misma proporción. Venecia con su flota considerable, que podía usarse tanto para la guerra como para fines pacíficos, consiguió una participación importante en territorios y privilegios comerciales en los nuevos puertos. Esta situación no duró mucho tiempo, ya que la Tierra Santa, excepto unos cuantos puntos, cayó en manos de Saladino entre 1187 y 1190. Entonces Venecia puso sus miras en la conquista real del Imperio de Oriente, empresa que, con la ayuda de las Cruzadas, tuvo éxito en poco tiempo. En el pasado, Constantinopla había tenido que soportar las consecuencias que surgieron de la importancia adquirida por los nuevos puertos de la costa oriental del Mediterráneo, que estaban en conexión directa con las viejas rutas comerciales del Lejano Oriente, y, por supuesto, había sufrido también la insaciable explotación de los venecianos, y, en menor proporción, la de otras ciudades que conseguían concesiones. Sus emperadores no eran muy competentes entonces, y la burocracia excesiva fomentaba una atmósfera de disolución general.

Cuando el papa Inocencio III planeó una nueva cruzada, se proponía la conquista de un territorio que pudiera servir estratégicamente como base segura para atacar a los mahometanos en la Tierra Santa. En la siguiente selección, tomada de Roberto de Clari, veremos cómo se las arreglaron los venecianos para cambiar este propósito por la conquista de Zara, ciudad cristiana, aunque rival de Venecia en su lucha tras la supremacía en el Adriático. Después de lograrla, la cruzada se dirigió hacia Constantinopla, donde de había estallado una revolución contra los intereses venecianos y en favor de los pisanos. Constantinopla cayó el 13 de abril de 1204, y en el reparto del botín Venecia recibió tres octavas partes de la ciudad, y la iglesia de Santa Sofía. Después aseguró su poderío naval en el mar Egeo con la adquisición de sus puertos e islas más importantes, y logró el monopolio del estratégico Mar Negro mediante el dominio del Bósforo. Los genoveses fueron entonces sus más duros rivales, y ellos fueron quienes ayudaron a Miguel Paleólogo a reconquistar Constantinopla en 1261. Los venecianos,

entonces, se desviaron a otras zonas, como Egipto donde hicieron con el sultán tratos aun más importantes que los realizados hasta entonces. Pero Génova, sin embargo, no pudo prevalecer contra Venecia en Constantinopla ni en el Mar Negro.

La creciente importancia política de los turcos otomanos en el siglo XIV, forzó a veces la cooperación entre los dos rivales, pero nunca por largo tiempo. En 1381, Génova llevó la guerra contra la misma Venecia, obteniendo como único resultado su propio agotamiento ante el prodigioso esfuerzo que realizó. Y después, desgarrada por luchas internas, cayó fácilmente en poder de los franceses en 1396. Cuando los turcos tomaron Constantinopla en 1453, toda la Europa occidental se estremeció como sólo se había estremecido con la toma de Roma por los visigodos en el año 410.

Mas las ciudades italianas siempre se adaptaron a las realidades de cada nueva situación. Aprovecharon los vientos, prósperos o adversos, que soplaban para sus intereses comerciales, y a partir de 1453, lo mismo que habían hecho antes, obtuvieron frecuentes y persistentes éxitos mercantiles con los turcos, gracias a la indiferencia de los otomanos por la explotación comercial sistemática de sus posesiones. Desde luego que las ciudades italianas sufrieron las consecuencias provocadas por la expansión turca, pero, propiamente, el desastre de su lucrativo intercambio con el Oriente vino de otra parte. Los grandes descubrimientos, que estaban cimentando las primeras décadas del siglo XV, desviaron hacia las costas occidentales la importancia comercial del intercambio con Asia. La circunnavegación lograda por los portugueses que dieron la vuelta a Africa, abriendo una ruta totalmente marítima hacia Oriente, puso a las ciudades italianas en una posición desventajosa que se parecía mucho a aquella en que quedó Constantinopla cuando las ciudades-estado italianas controlaron al principio los puertos de Siria y Palestina. Y en el comercio con el norte de Europa, mediante el cual esperaban las ciudades recuperar sus pérdidas, los italianos se enfrentaron en el curso de la segunda mitad del siglo XV a la peligrosa rivalidad de las ciudades de Alemania del sur. Sin embargo, el factor primordial de su decadencia estuvo en que la primacía geográfica pasó del Mediterráneo al Atlántico, en un mundo que había llegado a ser demasiado pequeño para todos.

LA CONQUISTA DE CONSTANTINOPLA

Preparativos para la cruzada.

Después, cuando el marqués tomó la cruz, dijo a los barones: "Señores -dijo el marqués- si queréis que crucemos el mar, ¿a qué país de los sarracenos queréis ir?" Los barones respondieron que no querían ir al país de Siria, porque no había nada que hacer allí, pero que ellos habían pensado ir a Babilonia (El Cairo) o a Alejandría, en el preciso centro de las tierras infieles, donde podían hacer más, y habían planeado alquilar una flota que pudiera transportarlos a todos. Entonces el marqués dijo que era un buen plan y que estaba muy conforme con él, y que mandaría buenos mensajeros, de entre sus mejores caballeros, a Pisa, o a Génova o a Venecia. A este plan se adhirieron todos los barones.

Después escogieron sus mensajeros y todos coincidieron en que Conon de Béthune debía ir, y el mariscal de Champagne. Después cuando hubieron escogido sus mensajeros, los barones se separaron y el marqués se fué a su país, y así hicieron cada uno de los otros. Ordenaron a los mensajeros contratar embarcaciones para transportar cuatro mil caballeros y sus arneses, y cien mil infantes. Los mensajeros prepararon sus cosas y se fueron derechos hasta llegar a Génova, y hablaron a los genoveses y les dijeron que querían, y los genoveses dijeron que no les podían ayudar. Entonces fueron a Pisa y hablaron a los de Pisa, y estos no tenían tantas embarcaciones, y no pudieron hacer nada por ellos. Entonces fueron a Venecia y hablaron al gobernador de Venecia y le dijeron qué iban buscando: que ellos querían fletar pasaje para cuatro mil caballeros y sus arneses, y para cien mil infantes. Cuando el gobernador oyó esto, dijo que lo pensaría, porque tan gran empresa debía ser bien considerada. Después el gobernador reunió a todos los altos consejeros de la ciudad y les habló, y les dijo lo que le habían preguntado a él. Y cuando deliberaron todos juntos, el gobernador respondió a los mensajeros y les dijo: "Señores, estamos dispuestos a hacer un convenio con vosotros. Os daremos una gran armada, suficiente para vuestras necesidades, por cien mil marcos, con la condición de que yo he de ir con la mitad de los venecianos que puedan llevar armas, y que será para nosotros la mitad de las ganancias que se alcancen allí. Y añadiremos cincuenta galeras por

nuestra cuenta. Y dentro de un año desde el día que señalemos, os dejaremos en el país que queráis, sea Babilonia o Alejandría." Cuando los mensajeros oyeron esto, respondieron que cien mil marcos sería mucho, y discutieron hasta que llegaron a un acuerdo en ochenta y siete mil marcos y el gobernador y los venecianos y los mensajeros juraron respetar este acuerdo. Después el gobernador dijo que quería veinticinco mil marcos adelantados para empezar a construir la armada. Los mensajeros respondieron que enviarían ellos mensajeros a Francia, y que allí les pagarían los veinticinco mil marcos. Después los mensajeros se levantaron y regresaron, y el general mandó a un notable de Venecia con ellos para que recibiera el anticipo.

Entonces el gobernador proclamó un bando en toda Venecia para que ningún veneciano osara iniciar empresa alguna que no fuera ayudar a construir la armada, y los venecianos obedecieron. Así empezaron a construir la más grande armada que jamás se había visto.

Cuando los mensajeros llegaron a Francia, hicieron saber lo que había ocurrido. Entonces se envió aviso a todos los barones que habían tomado la cruz para que se reunieran en Corbia. Cuando se juntaron, los mensajeros dijeron lo que había ocurrido. Al oírlo los barones, se sintieron muy complacidos y aprobaron todo lo que habían hecho. Y tributaron grandes honores a los mensajeros del gobernador de Venecia, y les dieron algo de dinero entregado por el conde de Champagne, y algo de dinero que el maestro Fulk había recolectado, y el conde de Flanders, puso parte de su dinero hasta que se juntaron veinticinco mil marcos. Así dieron este dinero al mensajero del gobernador de Venecia y le dieron salvoconducto para que pudiera llevarlo a su país.

Después se mandó aviso a todos los cruzados de todos los países para que salieran hacia Venecia en Pascua Florida, de forma que estuvieran allí entre Pentecostés y Agosto, sin falta, y así lo hicieron. Y cuando pasó la Pascua Florida, se juntaron todos en Venecia. Había allí muchos padres y madres, hermanas y hermanos, esposas y niños, que lloraban mucho por sus seres queridos.

Los cruzados en Venecia.

Cuando los peregrinos se juntaron en Venecia y vieron la gran armada que había sido construída, los equipados barcos, los grandes cargueros, los transportes para llevar caballos, las galeras, se maravillaron grandemente por todo ello y por las riquezas que encontraron en la ciudad. Cuando vieron que no podían confrontar cuarteles en ésta, decidieron entre sí acuartelarse en la isla de San Nicolás, que estaba toda rodeada por el mar y a una legua de distancia de Venecia. De esta forma los peregrinos plantaron allí sus tiendas y se acuartelaron lo mejor que pudieron.

Cuando el gobernador de Venecia vió que habían llegado todos los peregrinos, envió a buscar a todos los de su tierra de Venecia. Y cuando todos vinieron, el gobernador ordenó que la mitad de ellos se equiparan y se dispusieran para ir en la flota con los peregrinos. Cuando los venecianos lo oyeron, algunos se alegraron, pero otros dijeron que no irían; y no podían decidir cómo sería escogida la mitad que debía ir. Finalmente, eligieron los grupos de esta forma: se hicieron dos bolas de cera, y en una de ellas pusieron una tira de papel. Después fueron con el sacerdote y se las dieron, e hizo la señal de la cruz sobre ellas y dió a dos venecianos una bola a cada uno, y al que le tocó la bola con el papel escrito, correspondió ir en la flota. Así fueron divididos. Cuando los peregrinos se acuartelaron en la isla de San Nicolás, el gobernador de Venecia y los venecianos fueron a hablar con ellos y les demandaron su pago por la armada que habían preparado. Y el gobernador les dijo que habían obrado mal, que ellos habían enviado recado por sus mensajeros para que les prepararan una armada para cuatro mil caballeros y sus arneses, y para cien mil infantes, y que de aquellos cuatro mil caballeros no había mas que mil, porque algunos habían ido a otros puertos, y de los cien mil infantes no había mas que cincuenta o sesenta mil. "Así -dijo el gobernador- queremos que nos paguéis el precio convenido entre nosotros". Cuando los cruzados lo oyeron, hablaron entre sí y acordaron que cada caballero daría cuatro marcos y cada caballo cuatro, y cada sargento montado dos, y que el que menos diera debería dar por lo menos un marco. Cuando reunieron este dinero se lo dieron a los venecianos, y aun les quedaban por pagar cincuenta mil marcos. Cuando el gobernador y los venecianos vieron que los peregrinos no les pagaron más que aquello, se disgustaron mucho. Finalmente el gobernador les dijo: "Señores -dijo- habéis obrado mal con

nosotros, porque tan pronto como vuestros mensajeros hicieron conmigo el acuerdo, ordené en todo mi país que ningún comerciante saliera a comerciar, y que todos ayudaran a preparar esta armada. Así han tenido que esperar desde entonces, y no han ganado ningún dinero desde hace más de año y medio... Al contrario, han perdido muy buenas ganancias, y por eso queremos mis hombres y yo que nos paguéis el dinero convenido. Y si no lo hacéis así, sabed que no saldréis de esta isla antes de que cobremos, y no habrá nadie que os traiga comida ni bebida." El gobernador era una persona muy bondadosa, y no dejó de llevarles suficiente comida y bebida.

Cuando los condes y los cruzados oyeron lo que dijo el gobernador, se sintieron penosamente agraviados y muy desanimados. Entonces hicieron otra colecta, y pidieron dinero a los que ellos creían que tenían algo, y se lo dieron a los venecianos y cuando se lo habían pagado, aún restaban treinta y seis mil marcos por pagar. Y les dijeron que hacían mal en exigirles más, y que el ejército estaba empobrecido con esta colecta que habían hecho, y que no podrían obtener más dinero para pagarles, pues apenas les quedaba para vivir malamente. Cuando el gobernador vio que no podían pagar todo el dinero, y que estaban en muy mala situación a causa de ello, habló a su pueblo y le dijo: "Señores -dijo- si dejamos que estos hombres regresen a sus tierras, nos tendrán siempre por bribones y tramposos. Mejor vamos con ellos y les decimos que si nos pagan los treinta y seis mil marcos que nos deben, de las primeras ganancias que obtengan por sí mismos, los embarcaremos." Los venecianos se adhirió de buena gana a los que dejó el gobernador. Así fueron a buscar a los peregrinos donde estaban acuartelados, y cuando llegaron les dijo el gobernador: "Señores -dijo- hemos celebrado consejo yo y mi pueblo para que, si vosotros prometéis fielmente pagarnos los treinta y seis mil marcos que nos debéis, sacándolos de las primeras ganancias que logréis por vosotros mismos, os embarcaremos." Cuando los cruzados oyeron lo que les dijo y propuso el gobernador, se alegraron mucho, y bailaron de contento, y prometieron sinceramente que harían lo que el gobernador les pedía, y fue tal el regocijo, que por la noche no había ninguno tan pobre que no hiciera una buena hoguera, y llevaron grandes antorchas en el extremo de sus lanzas, alrededor de sus alojamientos y dentro de ellos, tal que parecía que todo el campo estaba ardiendo.

Después el gobernador llegó a ellos y les dijo: "Señores: ahora es invierno y no podemos cruzar el mar. La culpa no es mía, porque yo os hubiera hecho pasar el mar hace mucho tiempo, si no hubiera sido por vosotros. Pero hagamos lo mejor que se pueda -dijo el gobernador-. Hay aquí cerca una ciudad que se llama Zara. Sus habitantes nos han hecho mucho daño, y yo y mis hombres queremos vengarnos de ellos, si podemos. Si confiáis en mí, debemos ir allá y quedarnos en ella este invierno hasta la Pascua Florida, y después dispondremos nuestra flota para ir al servicio de Dios. Porque Zara es una hermosa ciudad donde hay muchas cosas buenas". Los barones y las autoridades de los cruzados asintieron a lo que había dicho el gobernador, pero el conjunto de la tropa no supo nada de este plan, sino sólo los superiores. Entonces todos prepararon su maniobra y su armada, y se embarcaron. Y cada uno de los altos jefes tenía su barco para sí y su gente, y su transporte para llevar sus caballos, y el gobernador había añadido cincuenta galeras, adquiridas a sus expensas. La galera en que él iba era toda de bermellón, y estaba cubierta por un dosel bermellón de seda samnita, y llevaba cuatro trompetas de plata que tocaban ante él, y tamborres que hacían un gran ruido. Y todas las autoridades y los clérigos y los laicos, grandes y pequeños, demostraban tanta alegría en la partida, que nunca había habido tal regocijo, y nunca se había visto ni oído de una flota como aquella. Y los peregrinos habían colocado a los sacerdotes y clérigos encima de las altas popas de las naves para que cantaran el *Veni creator spiritus*. Y todos, grandes y pequeños, lloraron de emoción de la gran alegría que sentían. Cuando la flota salió del puerto de Venecia, ... (falta media línea en el manuscrito)... los cargueros y las ricas naves y tantas otras embarcaciones, que era la cosa más digna de ver desde el comienzo del mundo. Porque había un millar completo de pares de trompetas de plata y de bronce, que todas tocaban en la partida, y tantos tamborres y tamboriles y otros instrumentos, que era gran maravilla. Cuando estaban en el mar, al desplegar las velas e izar sus insignias y banderas en lo alto de las popas de las naves, parecía que todo el mar se estremecía y se inflamaba con las naves, que en el bogaban, y la gran alegría que había. Después navegaron hasta llegar a una ciudad llamada Pola. Allí desembarcaron y refrescaron y permanecieron poco tiempo, hasta que se restauraron y adquirieron provisiones para llevar en los barcos. Después se hicieron otra vez a la mar. Y si antes habían hecho una fiesta muy alegre, ahora la hicieron mucho más, tal que las personas de la ciudad estaban maravilladas con tanta alegría con tan magnífica flota y tan excelente

despliegue como hicieron. Y dijeron, que jamás se había visto ni se había reunido en parte alguna una flota tan espléndida como aquella.

Los cruzados, huéspedes en Zara.

Los venecianos y los peregrinos navegaron hasta llegar a Zara en la fiesta de San Martín. Los de la ciudad de Zara quedaron muy atemorizados al ver aproximarse las naves de aquella magnífica flota, y cerraron las puertas de la ciudad y tomaron las armas para defenderse lo mejor que pudieran. Cuando estuvieron armados, el gobernador habló a todos los altos jefes del ejército y les dijo: "Señores: esta ciudad nos ha hecho mucho daño a mí y a mi pueblo, y me vengaré de ella de buena gana. Os ruego que me ayudéis." Y los barones y las autoridades respondieron que le ayudarían con gusto. El pueblo de Zara sabía muy bien que los venecianos les odiaban, y así habían obtenido una carta de Roma diciendo que cualquiera que les hiciera la guerra o que les atacara, sería excomulgado. Y enviaron esta carta con buenos mensajeros al gobernador y a los peregrinos que habían desembarcado allí. Cuando los mensajeros llegaron al campo, leyeron la carta ante el gobernador y los peregrinos, y cuando la hubieron leído y la escuchó el gobernador, dijo éste que no renunciaría a su venganza contra aquella ciudad, ni siquiera por la amenaza de excomuniación del Apostólico. Entonces se fueron los mensajeros, y el gobernador habló otra vez a los barones y dijo: "Señores, sabed bien que yo no renuncio de ninguna manera a mi venganza contra ellos, ni siquiera por la amenaza del Apostólico". Y suplicó a los barones que le ayudaran. Los barones respondieron todos que lo harían con gusto, excepto sólo el conde Simón de Montfort y mi señor Enguerrand de Boves. Estos dijeron que no irían contra las órdenes del Apostólico, y que no querían ser excomulgados. Y así se separaron y fueron a Hungría para pasar allí el invierno. Cuando el gobernador vio que le ayudarían los barones, dispuso sus máquinas para asaltar la ciudad, hasta que los de la ciudad comprendieron que no podrían resistir mucho tiempo; entonces se entregaron a su misericordia y les abrieron las puertas de la ciudad. Entonces los peregrinos y los venecianos entraron y dividieron la ciudad en dos mitades, una para los peregrinos y otra para los venecianos.... Entretanto, mientras los cruzados y los venecianos permanecían allí aquel invierno, los cruza-

dos se dieron cuenta de que habían gastado mucho dinero. Y hablaron unos con otros y dijeron que no podrían ir a Babilonia ni a Alejandría, ni a Siria, porque no tenían ni provisiones, ni dinero para ir allá. Porque lo habían gastado casi todo en su larga permanencia en la ciudad, y por el elevado precio que habían pagado por el alquiler de la flota. Así dijeron que no podían ir, y que si fueran no podrían hacer nada, porque no tenían ni dinero ni provisiones para mantenerse.

El gobernador de Venecia comprendió bien que los peregrinos estaban en grandes apuros, y les habló y les dijo: "Señores: en Grecia hay una tierra que es muy rica y abundante en todas las cosas buenas. Si tuviéramos una excusa razonable para ir allá y tomar provisiones y otras cosas en el país, hasta que estemos bien restaurados, se podrían arreglar las cosas. Después estaríamos en buenas condiciones para cruzar el mar." Después se levantó el marqués y dijo: "Señores: el año pasado en Navidades yo estaba en Alemania en la corte de mi señor el Emperador. Allí vi a un joven que era hermano de la esposa del Emperador de Alemania. Este joven era hijo del Emperador Isaac de Constantinopla, cuyo hermano le había quitado el imperio de Constantinopla por traición. El que pueda tener el apoyo de este joven -dijo el marqués- podría ir muy bien a Constantinopla y adquirir provisiones, porque este joven es el heredero legítimo."

(El relato principal continúa con la llegada de la Cruzada a Constantinopla y la toma de la ciudad)

La preocupación mercantil de las ciudades italianas, que se antepone incluso al buen resultado de las cruzadas, no escapó al inteligente observador contemporáneo. Y en los programas hechos para el rescate de la Tierra Santa, se establece la necesidad de interrumpir las relaciones comerciales con el enemigo, si se quería obtener algún resultado. Y los papas, que constituían el principio unificador de la Europa Occidental por ser cabezas espirituales de la cristiandad, y que, bastante a menudo, lo fueron en el orden temporal reclamando las Cruzadas, establecieron prohibiciones y emplearon la excomunión y el entredicho cuando los objetivos de la Cruzada se estaban perdiendo de vista.

En la selección que sigue, el papa Inocencio III renueva el decreto del Tercer Concilio de Letrán de 1179, que excomulgaba a los cristianos que suministraban armas, hierro, madera y esclavos a los barcos sarracenos enemigos. Los cristianos que hacían prisioneros a sus compañeros de navegación, o los robaban, o se apoderaban de las naves cristianas que zozobraban, en vez de prestarles ayuda, eran también excomulgados por el mismo decreto. Inocencio III se refiere a su propia sentencia de excomunión en contra de los cristianos que trataban con sarracenos, y luego la modifica en favor de los venecianos.

DEL COMERCIO VENECIANO CON LOS MAHOMETANOS.

Al gobernador y al pueblo de Venecia.

En nombre de la provincia oriental, además de la remisión de los pecados que hemos prometido a los que parten hacia allá a sus propias expensas, y además del favor de la protección apostólica que otorgamos a los que ayudan a aquella tierra, hemos renovado aquel decreto del concilio de Letrán que ordenaba excluir de la comunión de la Iglesia a los cristianos que osan suministrar a los sarracenos armas, hierro o madera para sus naves, y servir como timoneles o navegantes en sus galeras u otras fuerzas piratas, y que ordenaba la confiscación de sus propiedades por todos los príncipes seculares y cónsules de las ciudades y que, si algunos caían prisioneros, fueran esclavos de sus captores. Siguiendo el ejemplo del papa Gregorio, nuestro predecesor de feliz memoria, hemos puesto bajo sentencia de excomunión a todos aquellos que en el futuro tuvieren relaciones con los sarracenos, directa o indirectamente, o pretendieren transportar o suministrarles ayuda en barcos mientras dure la guerra entre ellos y nosotros.

Sin embargo, amados hijos nuestros, los nobles Andrés Donato y Benito Grillon, mensajeros vuestros, recientemente se llegaron a la Santa Sede para explicarnos que vuestra ciudad estaba sufriendo grandes pérdidas por nuestro decreto, ya que Venecia no se dedica a la agricultura, sino de preferencia a la navegación y el comercio. Nos, por tanto, movidos por la paternal afectación que sentimos por vosotros en especial, os hemos prohibido bajo pena de anatema, ayudar a los sarracenos vendiéndoles, dándoles o cambiando con ellos hierro, maderamen de roble, pez, instrumentos punzantes, cuerdas, armas, galeras, barcos, y maderas labradas o en bruto. Mas por el momento, y hasta que os demos instrucciones distintas al respecto por decreto, permitimos que, aquellos de vosotros que van al reino de Egipto o El Cairo, transporten otras mercancías cuando sea necesario. Y hacemos esto esperando que, por este favor, sintáis más fuerte inspiración para acudir en ayuda de la provincia de Jerusalén, y que os guardéis de hacer algo en contra de nuestro mandato